

*LO QUE LOS RUSOS SABÍAN DEL TOREO EN TIEMPOS
DE LA REVOLUCIÓN, SEGÚN LOS VIAJEROS
ESPAÑOLES (1921-1936)*

Juan Francisco Canterla González*

«En Leningrado . . . todo está dispuesto. Únicamente falta el toro. El único bicho que pisó sus arenas sembrando el terror fue negro y buen mozo, destartalado y traicionero, avisado y difícil. Se llamaba Rasputín, que también es nombre de torito bravo. Igual pudo llamarse “Jaquetón”, “Rastrojero”, “Clavellino”, o “Manta al hombro”. Pero apenas si queda ya recuerdo de él»

Daniel Tapia Bolívar: “Un viajecito a Rusia”.
(Del libro *Ha llovido un dedito*, pág. 96).



La caída del régimen zarista causó profunda conmoción en España. Periódicos y libros informaron, a lo largo de 1917, del desmoronamiento del absolutismo, de la toma del poder por los bolcheviques y de la aprobación de las primeras medidas revolucionarias. Gentes de todo el mundo, entre ellas algunos españoles, se pusieron, de inmediato, camino de Rusia desafiando la precariedad de los medios de transporte y la inseguridad. Los pioneros fueron emisarios de partidos políticos y sindicatos. En 1920, PSOE y CNT desplazaron a Moscú, respectivamente, a Fernando de los Ríos y Ángel Pestaña, con ocasión de la reunión de la Komintern. La información que transmitieron a sus correligionarios, difundida

* Historiador.

por la prensa diaria, animó los viajes al país de los *soviets*. Entre 1925 y 1929, personas de toda condición, desde profesores universitarios a deportistas, se trasladaron a Petrogrado y Moscú. En 1928, *el Intourits*, la oficina rusa encargada de la organización de las visitas, simplificó los trámites burocráticos y mejoró las condiciones de los trenes y de los hoteles. Seguramente, por ello, la nota singular del período 1929-1936 fue la presencia, cada día más numerosa, de españoles en las calles y en los *tórg-sings* de las ciudades rusas.

Raro fue el viajero que no dejó algún relato de sus peripecias. Sus escritos describieron las ciudades y sus monumentos; contaron el modo de vida de sus habitantes; explicaron, a su manera, las reformas comunistas, en particular las emprendidas en el ámbito de la familia, la enseñanza y el trabajo; dieron noticia de la curiosidad de los rusos por las cosas de España, singularmente por el toreo; y mostraron la sorpresa que les causó comprobar que, en una tierra alejada, a la que se llegaba en tren con no pocas dificultades, *Joselito* y Belmonte eran tema de conversación, como en cualquier pueblo de España.

La curiosidad por la fiesta nacional venía de antiguo. En tiempo de los zares, los rusos se llevaron de España, como regalos, fotos de cupletistas, panderetas adornadas con madroños y carteles antiguos de toros (Ros, 1940: 118). Cuando *los soviets*, en los días tremendos de la revolución, entraron en el palacio de Alejandro, próximo al de Catalina II, los encontraron en las habitaciones. No fue el único recuerdo que atesoró la familia imperial. En 1927, Rodrigo Soriano adquirió, en una librería próxima a la universidad moscovita, una fotografía en la que aparecían retratadas joyas de los Romanoff, entre ellas, un abanico español. Con seguridad, alguno de sus miembros lo trajo de España, como debió hacer también el príncipe al que *Paquiro* regaló, en Pamplona, un traje de luces. Lógicamente, estos pequeños objetos tuvieron importancia limitada en la propaga-

ción de la fiesta pero no deben desdeñarse como medio de propaganda. En 1933, la imagen de un matador, toreando de rodillas, logotipo de una boina de la marca “Matador”, que un comunista francés dejó olvidada en el tren, generó una polémica sobre el toreo entre los ocupantes del vagón en el que viajaba Félix Ros.

La imprenta fue el medio que, en mayor medida, contribuyó a difundir la tauromaquia en el antiguo imperio de los zares. Libros que trataban de las tradiciones españolas podían adquirirse en muchas librerías. En 1926, Rodrigo Soriano vio en un escaparate de Riga un ejemplar en cuya tapa aparecía retratado un bandido, «andaluz clásico, de patillas y calañés, calzón corto y ancho, trabuco forajido, un español de la Spanija» (1927: 43). Los clásicos de nuestra literatura, como *Don Kichots Viegners*, de Miguela Servantesca, o *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, se encontraban en todas las bibliotecas. Las obras de Galdós, Baroja y Valle Inclán rara vez faltaban en los «rincones de lectura. Algunas referían, de pasada, cosas de toros». En 1928, Gordon, un intelectual con el que Llopis departió en Moscú, le mostró, orgulloso, los libros de Unamuno y Ortega que guardaba en casa y le solicitó que, cuando regresase a España, le enviase dos títulos que le faltaban: *Meditaciones del Quijote* y *la España invertebrada*. *Sangre y Arena*, la novela de Blasco Ibáñez, más que cualquier otro texto, interesó a los rusos por la tauromaquia, un mundo en el que el novelista se empapó siguiendo, de plaza en plaza, al matador Antonio Fuentes. Contrariamente a los que juzgaron la obra como «una españolada», los lectores rusos, en clave política, vieron en Gallardo, el torero sevillano, el prototipo de luchador social dispuesto al sacrificio por escapar de la pobreza. En 1924, el director de la orquesta que tocaba en un café próximo al Hotel Lux, en Moscú, inquirió a Julián Gorkin por el autor valenciano y, en particular, por la obra citada:

«Me dijo que había soñado siempre con asistir a una corrida de toros. ¿No había inspirado a compositores no solo españoles, sino franceses e incluso rusos? A poco se arroja en mis brazos al enterarle de mis afinidades ... y de mi amistad con el universal escritor. Pero se puso muy triste al saber que yo no había asistido nunca a una corrida de toros. ¿Cómo era posible siendo español?» (Gorkin, 1975:154).

En 1924, podía adquirirse la obra completa del novelista valenciano en todos los comercios.

La música también divulgó, como la imprenta, la fiesta de los toros. Los viajeros lo comprobaron en los teatros de Moscú o Petrogrado. El interés de los rusos por nuestra tradición venía, también en este caso, de antiguo. Sabemos por crónicas periodísticas que, cuando declinaba el siglo XIX, grupos de gitanos andaluces recorrían Rusia exhibiendo sus danzas. Los “bailaores” solían vestir de toreros y acompañaban los pasos del baile a los lances de la lidia. Rafael Salillas vio actuar a una de estas *troupes*, en 1891, en un cine de San Petesburgo. “La Bella Otero”, huésped durante la “Belle Epoque” de una isla próxima a la ciudad, refirió que eran solicitados por los cabarets más aristocráticos del Báltico. Los compositores rusos se inspiraron en sus coplas y bailes. Glinka incorporó a su obra canciones populares que rescató durante un viaje por Andalucía. Como señaló García Sanchiz (1946: 108), el compositor «vivaqueó (en 1846) con los gitanos» de Granada, de los que admiraba el modo de tocar la vihuela y sus cantes. Raro era el melómano ruso que desconocía a nuestros músicos contemporáneos o no contaba con alguna de sus partituras. En 1928, Gordon interpretó al piano, para Rodolfo Llopis, piezas de Falla, Albéniz, Turina, Granados, y «alternando con ellas, ‘El capricho español’, de Korsakoff» (Llopis, 1929: 173). El pedagogo socialista se preguntó la razón por la que Borodin o Stravinsky (compusieron) «espléndidos poemas a base de cantos populares españoles» y encontró la res-

puesta en Fernando de los Ríos: «En ambos pueblos influye decisivamente la tradición litúrgica y oriental» (Llopis, 1929: 173). En vísperas del estallido revolucionario, los *tziganos* eran habituales en las fiestas palaciegas. Hasta el mismo Rasputin gustaba de sus danzas: «¡Venga vino! ¡Madeira! ¡Oporto!... ¡Tziganas! Hermosas Tziganas! ¡Aquí, aquí! ¡Canta, baila, patalea!» (Soriano, 1927: 249/250).

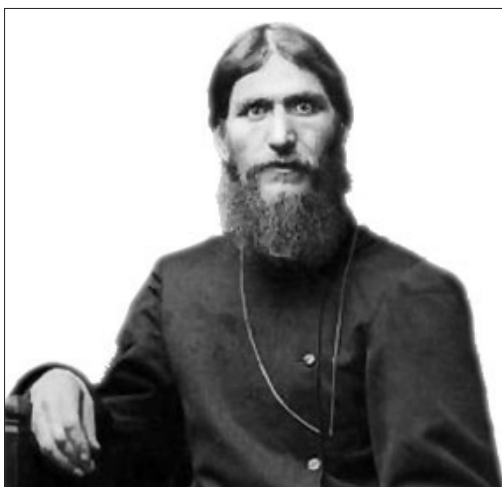


Fig. n.º 29.- *Rasputín*. Apud. Biografía de Grigon.Yefimovich Rasputín, biografíasyvida.com.

La ópera hizo populares a Carmen y al Escamillo. Lo constataron los viajeros españoles. En 1924, Gorkin, de visita en Moscú, fue obsequiado por un director de orquesta, «con fragmentos de la partitura. Gozaba de gran boga en (Leningrado)» (Gorkin, 1975:153). A José Ruiz-Castillo le sorprendió, en 1933, la interpretación de la cigarrera que hizo una contralto: «Morenaza y guapetona, de sugestiva voz grave y excelentes

condiciones interpretativas ... (se ajustó) fielmente al tipo de española de rompe y rasga, sin contar sus brillantes condiciones artísticas y su bello palmito». José sugirió al guía su deseo de saludarla personalmente y la cantante, «en traje de faena, (subió) al palco y (le estampó) sendos y sonoros besos en ambas mejillas ... El guía les informó que era gitana de raza magiar» (Ruiz-Castillo, 1972: 69). Ruiz-Castillo contó asimismo el modo en que la compañía presentó en escena a los protagonistas: «Escamillo desfiló con su cuadrilla hasta franquear el foro, constituido por la entrada a la plaza. Los picadores, en vez de caballos, que sería mucho pedir, iban con la garrocha al hombro, vestidos como cortesanos de nuestro Carlos III, pero del reino de Nápoles. Cortas casacas, pantalones de seda ceñidos bajo la rodilla, zapatos negros de punta cuadrada y grandes hebillas plateadas. Aros en las orejas, pequeñas y blancas pelucas. Finalmente, ondeando al viento, ligeras capas de color grana» (1972: 69). Algunos creadores, contrarios a cualquier exceso de tipismo, depuraron la ópera «de todo lo que pudiera darle carácter de obra exótica de pandereta» (Alvarez del Vayo, 1926: 304). En 1924, durante el curso de su segundo viaje a Rusia, el político socialista asistió, en el Teatro del Arte, al estreno de una versión de Nemirovitch-Dantchenco y Baratoff. La Baklanova, intérprete de Carmen, estuvo «admirable ... (Hizo) una interpretación de España, no una reproducción caricaturesca» (*Ibidem*: 305).

Músicas y bailes populares, en no menor medida, contribuyeron a divulgar en Rusia las diversiones españolas y, de paso, los toros. La jota, el pasodoble y el flamenco gozaron de reconocida estima entre los rusos. El alcoyano Carlos Palacio, autor de la “Cantata Lenin”, se sorprendió al escuchar, por megafonía, una jota aragonesa en la estación de Leningrado. Los pasodobles, por su parte, figuraban en el repertorio de las principales orquestas. En 1929, un funcionario de la VOPS, el departamento soviético responsable de las relaciones culturales con países

extranjeros, pidió al notario Diego Hidalgo que, a su regreso a Madrid, le remitiese las partituras de *Gallito* y de *Belmonte*. En la institución trabajaban personas que conocían bien las corridas de toros, un tema recurrente en sus conversaciones con los visitantes españoles.

Los periódicos no fueron menos importantes que los libros o la música en la divulgación de la fiesta. Lo comprobaron cuantos españoles visitaron Rusia después de 1917. Las noticias más relevantes de nuestro país, entre ellas las taurinas, llegaban a conocimiento de los rusos pocos días después de producirse. En 1928, los trabajadores de la VOPS ofrecieron a Rodolfo Llopis un ejemplar de “El Sol”. El matutino madrileño, en el que colaboró Andrés Martínez de León, contaba con una sección dedicada a los toros. Rodrigo Soriano, en el curso de su visita a un campamento militar próximo a Moscú, comprobó la rapidez con la que llegaban los teletipos:

«(Había) una gran linterna, farol nocturno, donde por el día colocan noticias telegráficas que transmiten a los soldados los últimos latidos del universo mundo. Estos militares conocen cada hora las mundanales convulsiones. Algunos de ellos habíanme explicado sucesos recientes ocurridos en España».

En agosto de 1934, Rafael Alberti y María Teresa León supieron de la desgraciada muerte de Ignacio Sánchez Mejías en el puerto de Odessa, cuando se disponían a embarcar para Italia. Un intelectual soviético, que sabía de su amistad con el diestro sevillano, se acercó a la escalerilla del barco y les comunicó los pormenores de la cornada que le infirió, en la plaza de Manzanares, el toro *Granadino*. La información la había facilitado el día anterior la prensa de Kiev. Aunque los periódicos españoles llegaban a Rusia a cuentagotas, nunca faltaba alguno en las bibliotecas universitarias o en las oficinas públicas. Hasta en el Museo Antirreligioso de Moscú había ejemplares, colgados

en la pared, que trataban de las tradiciones españolas. García Sanchiz especificó el contenido de algunos: “Sevilla y sus Pasos” (1946: 58).

Los viajeros que se aventuraron a desplazarse por el antiguo imperio zarista, quedaron atónitos ante el interés de los rusos por la tauromaquia. Extrañas eran la fábrica, la escuela o la oficina en la que algún trabajador no les preguntaba por la manera en que se lidiaban los toros o por los toreros famosos. Más de una vez, los visitantes se las vieron y desearon para aclararles sus dudas. Fue el caso de Rodrigo Soriano, que estuvo en Moscú y en Leningrado en pleno desarrollo de la N.E.P. El aristócrata y diplomático español, padrino de boda de Machaquito, se sorprendió del interés de los militares por el toreo. En el curso de su visita a un cuartel, un grupo de soldados se le acercó y le pidió que les informase de la forma en que se celebraban las corridas: «Bajo un ancho toldo cientos de soldados, sentados en sencillas mesas, toman su rancho. Cuando los oficiales se acercan nadie se mueve, acógenlos indiferentes. Bastantes de los comensales leen periódicos, libros. Pido yo sentarme entre ellos para compartir mi almuerzo. Al saber que un español, para ellos ser de otro mundo, se sienta a su mesa, se muestran jubilosos, palmorean, y yo, encantado de la compañía, soy el blanco de mil preguntas desatinadas. Se imaginan unos que los árabes, o cien millones de negros, dominan en España y que todas las españolas son “Carmencitas” (en Moscú, no sé por qué, Carmen la cigarrera sevillana, llegó disminuida de talla y se llama así) y que todos los españoles son toreros» (1927: 215). El aristócrata aprovechó la oportunidad para enterrar algunos tópicos:

«Mientras principio mi rancho, que fui a recoger a la cocina inmediata, para ver, francamente, si era igual al de mis compañeros comensales, hube de explicarles, haciendo mi cuchara de banderilla o espada y mi plato de muleta, el difícil arte con que Pepe Hillo y Belmonte acabaron con las reses. Oían ellos asom-

brados, pero al hablarles de los caballos muertos se indignaron. El ruso, como el árabe, tienen por el caballo culto parecido al del egipcio por el ibis, o el indio por el elefante. ¿Cuántos toreros mueren en cada corrida?, me preguntan. Al decirles que raramente mueren, observan: ¿Los toreros llevarán entonces coraza? Lo que llevan muchas tardes es una gindama terrible, les dije bromeando. Se hacen traducir la extraña palabra, inesperada en estos climas. Gindama, Gindama, repiten por lo bajo» (*Íbidem* 215).

Rodrigo Soriano, comparó el interés de los *soviets* por la política y la lectura con la devoción de los españoles por la tauromaquia. «Como en España se habla siempre de procesiones o de toros, o las gentes se apasionan por un torero, en Francia se discuten las modas, en Inglaterra los caballos de carrera, en Italia al tenor o el bandolero, en Alemania las batallas, ... las charlas y disputas de Moscú giran, casi siempre, sobre economía o política económica, movimiento obrero internacional o estadísticas obreras. Admira ver colas de curiosos que ansían conocer los sucesos de China, como en España la cogida del torero o la magistral faena del espada» (*Íbidem* 132).

No fue la anterior la única ocasión en que los viajeros españoles improvisaron una corrida. En 1933, José Ruiz-Castillo Basala, el cuentista Antonio Robles y Daniel Tapia Bolívar remedaron la lidia de un toro en el andén de la estación de Varsovia, ante la mirada asombrada de los polacos y de los viajeros que se agolpaban en las ventanillas del tren. «Hicimos el paseíllo, la suerte de varas, banderillas y la faena de muleta con la hora de la verdad, entrar a matar, todo lo cual nos fue premiado con regocijados aplausos» (Ruiz-Castillo, 1972: 46). Algo parecido sucedió a Alberti, en Moscú, en 1932. En el curso de una tertulia a la que había sido invitado por la viuda de Maiakovski, algunos intelectuales, entre ellos el hispanista Teodor Kelyin, le pidieron, después de comer y beber en abun-

dancia, que improvisase una corrida de toros. Alberti, ante el pasmo de los presentes, entre los que se encontraban Louis Aragon y Elsa Triolet, agarró una silla y un paño y se puso a dar pases de capa y muleta. ¡Ni siquiera faltaron banderillas y la suerte de matar, para la que el poeta del Puerto se valió de uno de los cuchillos de mesa! La faena estuvo a la altura del vodka que consumieron los contertulios toda la noche.

Diego Hidalgo, autor de *Un notario español en Rusia* (1929), departió de toros, durante su estancia en Moscú, con los funcionarios de la VOPS. Uno de ellos, Derental, había trabajado en España como corresponsal de un periódico de San Petersburgo. Derental, que entonces se llamaba Dikgoff, según contó Llopis,

«tuvo gran intimidad con Canalejas. Aplaudía los discursos de Melquiades Alvarez. Fue huésped en Valencia de Blasco Ibáñez. Trató a Valle Inclán, a Pérez Galdós, a Menéndez y Pelayo, a la Pardo Bazán, a Rusiñol, a Baroja ... Combatió a los soviets con las armas en la mano. Fue condenado a muerte. Fue amnistiado» (1929: 177).

Lo que no contó Llopis, y debía saberlo, es que Derental también había sido aprendiz de torero y conocía bien el mundo de la fiesta:

«Yo eché raíces en España. Fui por curiosidad a pasar una semana y estuve cuatro años ... ¡Pero si yo era un madrileño! ¿No merece ese nombre el que ha vivido tres años en la calle de Peligros (y) ... ha asistido a las corridas de toros? ... Yo era entonces, como ustedes dicen, un muchacho y me enamoré del sol, de la literatura, de la música, de los bellos rincones de España ... ¡Pero si yo hasta he toreado! Sí, fui discípulo de Bonifa, di clase en su famosa escuela, y sufrí algún que otro revolcón» (Hidalgo, 1985 pág. 142).

La “universidad” de Bonifa mereció de Antonio Díaz-Cañabate una de sus habituales colaboraciones en el “Planeta de

los Toros”. Antiguo peón de brega y banderillero, el maestro de toreros era propietario de una placita en el barrio de La China, a la que acudían los aficionados a entretenerse con becerros que sabían latín, antes de dar cuenta de un arroz con pollo. En 1910, *Joselito* toreó en esta escuela a unos angelitos “que hoy se llamarían toros” (*El Ruedo* núm. 144). Derental no podía haber encontrado mejor escenario para ambientar una novela sobre España: «El personaje principal era un torero, y quise personalmente conocer la vida y el aprendizaje de esos muchachos que asistían a la Academia (y) viajaban en los topes de los trenes para acudir a las capeas de los pueblos, hasta que lograban, por fin, vestir el ansiado traje de luces. Bonifa me dijo: Tiene usted condiciones y agilidad, tiene usted valor, pero como mis otros discípulos, el lord inglés y el conde alemán, le falta a usted “ange”» (1985 pág. 142).

No faltaron, entre los líderes revolucionarios algunos que conocieron, de oídas, la fiesta. Fue el caso de Trotsky. En noviembre de 1916, durante su destierro en España, tropezó con un escéptico gaditano que, «en tono de completa desesperación», le habló de Juan Belmonte: «Le conozco desde hace algunos años, cuando trabajaba de peón y vendía naranjas picadas. Ahora esta rico, es célebre, es el ídolo. Pregúntele usted en la calle a un español cualquiera quien es hoy el presidente del Congreso ... Lo más probable es que dé la llamada por respuesta. Pero pregúntele usted, en cambio, quién es Belmonte y le hará inmediatamente su biografía ... Qué lástima que no estemos en temporada y que usted no pueda ver a Belmonte! Yo no estoy contaminado de esta pasión nacional; pero, la verdad, Belmonte es realmente un fenómeno» (Trotsky, 2007: 93-94). Desconocemos si el líder bolchevique se interesó posteriormente, desde su despacho del Instituto Smolny, por la fiesta, pero es seguro que esta gozó en su entorno de cierto predicamento. Madame Kaménev, su hermana, era puntualmente informada de

cuanto sucedía en las plazas de Madrid y Sevilla por su secretario, un joven, de «aspecto semiparisién», que asaltó a Rodrigo Soriano, en la VOPS y le habló «emocionado (de) las corridas de toros y del mirador de Lindaraxa, de la Alhambra de Granada» (1927: 205).

El toreo fue referente obligado de los libros de viaje de Andrés Martínez de León y Daniel Tapia Bolívar ya que ambos, además de aficionados, dedicaron mucho tiempo al estudio de la tauromaquia. Andrés fue autor de las crónicas que publicó *El Sol* entre 1932 y 1935, de las “Chirivitas”, aparecidas en *El Ruedo* en la década de los sesenta, y de dos libros del mismo título: *Los amigos del toro*. El primero fue subtítulo *La parte sana de la afición. Reglamento taurino en XXX capítulos*, y el segundo, *El toreo, sus males y su remedio, por Oselito*. Daniel Tapia, por su parte, escribió *Memorias de Pepe Hillo* y *Breve historia del toreo*.

En *Oselito en Rusia*, obra cumbre de Martínez de León, los toros fueron además pretexto del viaje de *Oselito* a la Rusia soviética. En el invierno de 1935, el escritor sevillano se puso camino de Moscú para asistir, delegado por *La Voz*, a la celebración del XVIII aniversario de la revolución. En vísperas del conflicto civil de 1936, el interés por Rusia había crecido en España en la misma proporción que la desconfianza en los libros que trataban de sus cosas. El vespertino madrileño, del que era titular Nicolás de Urgoiti, se propuso, por ello, publicar un “reportaje”, veraz y apolítico, del país comunista y encomendó el proyecto a Martínez de León, quien, a su vez, delegó la narración en *Oselito*, un sabio conocedor de la tauromaquia. El toro y el toreo se convirtieron en unidad de medida y remedio de cosas que le sorprendieron o le disgustaron en el viaje. En las corridas encontró el trianero una alternativa «a la “enormidá de caballos ... viejos, susios y feos» que circulaban por Varsovia. Con su introducción en Polonia, los animales descansarían para siem-

pre, “aunque (fuese) destripaos”». (2012: 232). Los museos antirreligiosos, obligada visita de los extranjeros, parecieron a *Oselito* una pésima copia de las barracas de feria en las que se exhibían, en cera, «el crimen de Cuenca, la muerte del pobre Granero y la cabeza der toro “Bailaó”, que mató a Gallito» (2012: 305). Pero, ante todo, los toros fueron la razón del viaje, del que tuvo puntual noticia Stalin. En los términos que siguen, resumió *Oselito* su entrevista con el líder bolchevique:

«Oí unos siseos. ¡Chis, chis!~Oselito!” Miré pa arriba. Era Stalin. ¡Hola!, le dije.

- Me enteré por los periódicos que estabas aquí. Perdóname, Osé de mi arma, que no pueda resibirte en este momento. Estamo atareadísimo con esto der desfile der día 7, y...

- No home. Primero es la obligación; tuviera que ve

-“Ya sé ... que viene a hablarme de eso de los toros ... Mira, sube esa escalera, y ar finá, a mano izquierda, verá un gran salón. Pregunta por Voronoski y dile quien ere y que va de mi parte Subí la escalera; pregunté:

¿Voronoski?

- ¡Caramba, Oselito! ¿Tú por aquí?

- Ya he hablao con er camarada Stalin: Me dijo que te viera

- ¿Es pá eso de los toros en Rusia?

- ... Pues verá, camarada. Yo creo que a ustede le está haciendo farta como er comé que haya toro en Rusia. Es más: En España daría er comunismo un paso de gigante, pues una de las cosas que hase que no se apunte más gente es por er temó a que despué der triunfo le quiten los toros. Un detalle: en las últimas elecciones españolas, argunos toreros de primera fila han abierto sus borsillos y han prestao sus automóviles pa er triunfo de las derechas .. A la fiesta der día siete le hasen farta corrías de toros. En ve de terminá er desfile y dejá a esas gente que se vayan a sus casa a pensá ... ¡A los toro señó; a los toro! ... ¿Qué? ¿Arreglamo el asunto?

- En principio sí, arreglao; pero ... habría que adaptar los toros a nuestras leyes...

- ¿Qué leyes son esas?

- Home... Tu sabe que aquí se trabaja sinco día seguío, a rasón de siete hora diarias. Pues bien: er banderillero, siete hora banderilleando durante sinco día seguío; el picaó lo mismo y er mataó iguá ... después cobrarían su jorná er día sexto.

- ¡Cuarquiera propone eso a los torero de España! ¡Así hay tantos de derecha en la plasa y fuera de la plasa!» (2012: 339-340).

No fue Martínez de León el único que se valió de la fiesta para hacer comprensibles las cosas de Rusia a sus lectores. Daniel Tapia recurrió con reiteración al expediente. Las referencias a las corridas son reiteradas en “Un viajecito a Rusia”, un relato incluido en el libro *Ha llovido un dedito*, publicado por Espasa Calpe en 1935. El escritor gallego vio el país bolchevique desde las gradas de un imaginario coso taurino. Desde esa altura, Leningrado tenía el aspecto de una plaza monumental, El colorido de sus palacios, recordaba «las barreras ... en las que al lado de los chafarrinones de sangre y barro (aparecía) la nota chillona de algún capote doblado»; la estatua de Pedro el Grande tenía «un no sé qué de gentil alguacilillo o de rejoneador audaz»; las banderas nacionales que colgaban de los edificios «daban pases al viento»; la fortaleza de Pedro y Pablo era un calco de «las enfermerías de las plazas ... y los macabros museos taurinos que van por España, de feria en feria, mostrando los tres o cuatro momentos más horripilantes de una dramática cogida» (1935: 95). El recurso fue habitual en otros escritores. Rodrigo Soriano comparó «la tempestad de roncás voces, de infernal algarabía» que causaba una muchedumbre de paisanos y soldados en la plaza Roja, con el estruendo de tendido de sol en momento de entusiasmos» (1927: 199). A Félix Ros, por su parte, le recordó el instructor de una fábrica de material eléctri-

co, «joven, con su buen abrigo marrón y tapabocas a cuadros, elegante y tal», a «un novillero aragonés, rubio, vivo, sonriente y seco» (1940: 100) y los escaparates del centro de Moscú, «los tenderetes de trapería, las tiendas pobres de los pueblos (donde ristra de ajos y medias de mentida pompa -como dice el cura- alternan con las cajas de galletas, los pantalones de pana, los soplillos, un Málaga de 1873 y las postales de toreros con traje bordado a mano)» (*Íbidem*: 146).

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez del Vayo, Julio (1926): *La Nueva Rusia*, Madrid, Espasa Calpe.
- García Sanchiz, Federico (1946): *Las soluciones. Rusia, Roma, España*. Colección *La pluma*, Zaragoza, Ediciones Cronos.
- Gorkin, Julián (1975): *El revolucionario profesional. Testimonio de un hombre de acción*, Barcelona, Ayma S.A. Editora.
- Hidalgo, Diego (1985): *Un notario español en Rusia*. Prólogo de Fernando Claudín, Madrid, Alianza Editorial.
- Llopis, Rodolfo (1929): *Cómo se forja un pueblo. La Rusia que yo he visto*, Madrid, Editorial España.
- Martínez de León, Andrés (2012): “Oselito en Rusia”, en *De Coria a Sevilla pasando por Moscú. Escritos*, Sevilla, Biblioteca de Autores Sevillanos.
- Ros, Félix (1940, 2ª ed.): “Un meridional en Rusia”, Madrid, Ediciones Españolas SA.
- Ruiz-Castillo Basalá, José (1972): *El apasionante mundo del libro. Memorias de un editor*, Barcelona, Agrupación Nacional del Comercio del Libro.
- Sanz Guitián, Pablo (1995): *Viajeros españoles en Rusia*, Madrid, Compañía Literaria.
- Soriano, Rodrigo (1927): *San Lenin (Viaje a Rusia)*, París, Agencia Mundial de la Librería.
- Tapia Bolívar, Daniel (1935): *Ha llovido un dedito*, Madrid, Espasa Calpe.
- Trotsky, León (2007): *Mis peripecias en España*, Madrid, Ed. Endymion.